



“Si los perros ladran, es porque avanzamos, Sancho”

Usando la sabiduría del Quijote, el escritor chileno radicado en Londres, y participante de los encuentros de Expansiva en Harvard y Valle Nevado, defiende a su amigo Andrés Velasco, explica su interés en la cosa pública –pese a las críticas que dice haber recibido– e intenta terminar su tercera novela, la que trata de la transición chilena.

Tiene dos novelas muy exitosas, tanto que incluso la segunda la hicieron película. Gracias a eso, como él mismo reconoce, Carlos Franz puede mantenerse tranquilo en Londres, una de las ciudades más caras del mundo. Invitado como "visiting fellow" por el King's College de la Universidad de Londres, está desde el año pasado radicado en la capital inglesa, tras pasar un tiempo en la misma condición en Cambridge, y antes como artista residente de la ciudad de Berlín, en Alemania.

"Santiago cero" y "El lugar donde estuvo el paraíso", ésta última traducida a ocho idiomas, primera finalista en el Premio Planeta Argentina y llevada al celuloide en España, lo han catapultado como uno de los principales representantes de la nueva narrativa chilena. Marcado por su paso en el taller literario de José Donoso, Franz con el tiempo dejó su profesión de abogado para dedicarse por completo a su objetivo primario, escribir. Pero con los años se dio cuenta de que estudiar leyes no fue sólo "porque necesitaba algo con qué vivir mientras pudiera llegar el día en que me dedicara a escribir", como reconoce en conversación con "Cosas", en pleno centro de Londres, a escasos pasos de su lugar de trabajo, el King's College.

'La Nación' es una difamación, un ataque en toda la regla contra Andrés Velasco", asegura con molestia el escritor. "De partida tiene ese vicio intelectual de discutir o pretender demoler las ideas, los principios, los proyectos intelectuales por las características personales de aquellas personas que los están defendiendo. Ya eso bastaría para demostrar que no tiene mayor peso... O sea, pretender que un intelectual como Andrés Velasco, con una formación académica extraordinaria, con una seriedad que nadie le discute, es menos porque le guste la buena ropa o porque tiene una señora bonita, es simplemente una bajeza, una vileza".

Franz se apropia de una frase del Quijote para dar a entender el momento en que se encuentra el movimiento liderado por Expansiva: "Si los perros ladran, es porque avanzamos, Sancho". Con esas palabras parece dar a entender su pertenencia al grupo de Velasco, cosa que se encarga de inmediato de aclarar. "Yo no soy parte de Expansiva, y todavía no tengo muy claro por qué me invitan... supongo que para tener una especie de observador literario, en ese afán por abrir las perspectivas", se contesta, afirmándose precisamente en eso para discutir una de las críticas que se le hace a esas reuniones, lo

contexto político actual en Chile".

Sobre el futuro de este grupo, asume que "van a tener, como ya han tenido, una participación en los futuros gobiernos de Chile. Tanto en Harvard como en Valle Nevado hubo gente de derecha y de izquierda, por lo que los que no estarán representados en uno, lo estarán en el otro. Son técnicos jóvenes muy destacados y muy notables. Es el papel que les tocará en esos gobiernos, la distancia con la que van a operar es lo que va a marcar la diferencia. Mi deseo es que ojalá estén lo más involucrados en la gestión de las políticas públicas en Chile, porque son de la poca gente que me merece confianza. Le han dedicado largos años de su vida a estudiar y a pensar estas cosas. Y uno ve gente que está en el poder que le ha dedicado muchos años no a pensar sino a ambicionar".

La transición novelada

Franz está casado con Jeannette Avayú y tienen una hija, Serena, de casi tres años, que no puede caminar debido a una extraña enfermedad genética que en Alemania no pudieron diagnosticar, pero que en Londres ha encontrado nombre y tratamiento. "Esta es otro tipo de sociedad. Tener una hija minus-

"DECIR QUE EXPANSIVA ES UNA ELITE ARISTOCRÁTICA ES UNA ESTUPIDEZ, PORQUE YO NO SOY ARISTOCRATA, COMO MUCHOS DE LOS QUE HAN PARTICIPADO EN LOS ENCUENTROS".

Desde hace un tiempo, años después de poder dedicarse –tal como deseaba– a la escritura, "me di cuenta de que la elección de estudiar derecho no había sido simplemente pragmática, porque los temas públicos siempre me han interesado". Eso explica, junto con su amistad con la gente de Expansiva, en especial con Andrés Velasco, y a una serie de artículos sobre cuestiones públicas que ha escrito, que Franz haya estado presente en el selecto grupo de aquella famosa reunión del año pasado en Harvard, como también en la reciente de Valle Nevado. Y por supuesto que está en la lista del "referente", esa suerte de diario electrónico que Patricio Navia manda a sus más cercanos. "Tiene una rigurosidad gringa increíble. Todos los días, sagradamente, me llega algo", confiesa.

Crítica y contracrítica

Desde adentro su crítica al grupo toma bastante autoridad, aunque no duda en atacar con fuerza a aquellos que –según su opinión– se han dedicado a denostar sin argumentos de peso a Velasco, Halpern y compañía, en especial a una nota aparecida en un matutino de circulación nacional. "Lo de

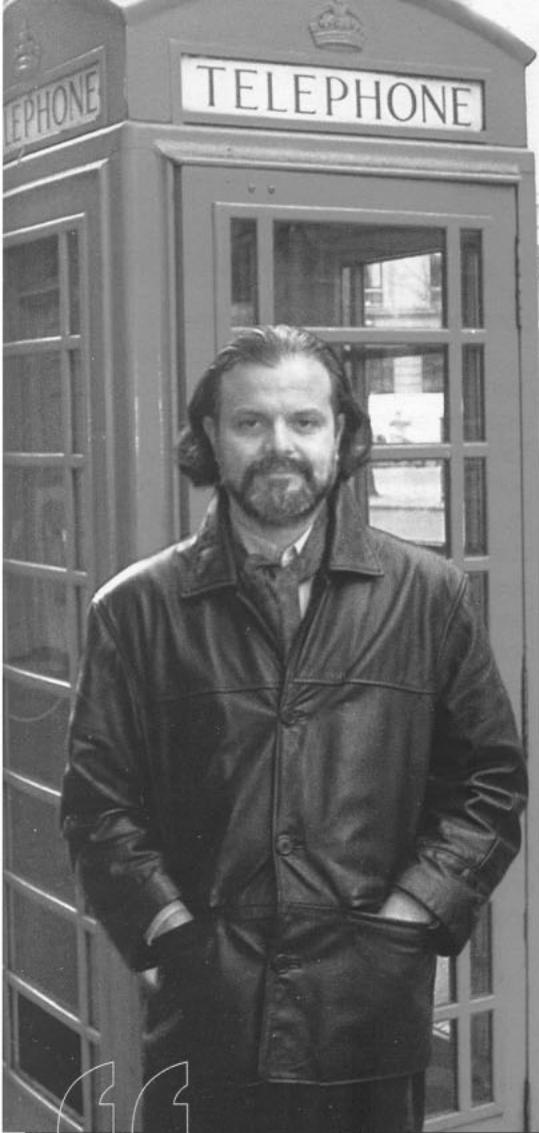
aristocrático y elitista de sus integrantes: "A esas reuniones a las que yo he asistido, ellos eran una fracción de las 40 o 70 personas, que representan un espectro político, profesional y social bastante amplio. Me parece más que nada una crítica con agenda, que representa a algún grupo al cual le molesta que la gente de Expansiva esté haciendo una tarea bastante interesante por crear foro, abrir un debate de profundidad que hace mucha falta en el país. Decir que son una elite aristocrática es banal, es una estupidez, porque yo no soy aristócrata, como muchos de los que han participado en los encuentros".

Pero no todo son loas a la iniciativa. "Este grupo de tecnócratas, en el sentido positivo y peyorativo del término, corre el riesgo típico de las elites intelectuales de hacer caso omiso de la política sucia que se está jugando en los márgenes. Esa es una crítica válida, porque creo que muchos de los tecnócratas que integran este grupo amplio, tienen la impresión de que ellos son los prácticos, y no los intelectuales, y mi impresión es que ellos son los intelectuales, a pesar de los cargos de ejecución pública que muchos han tenido. Y ése es un riesgo de divorcio entre el discurso y la práctica, que es grave en el

válida me ha abierto una especie de tercer ojo, veo cosas que no veía antes. Los peldaños, las escaleras, las pendientes, todas aquellas dificultades físicas, concretas que damos por descontado... Acá no hay sólo avances en infraestructuras, sino que también en términos éticos y morales... Incorporar a los diferentes... Eso es algo que nos falta en Chile".

Ahora, el escritor dejó de hacer el curso de literatura latinoamericana contemporánea en el King's College, como también el taller literario en Canning House, para dedicarse por completo a terminar su tercera novela, la que comenzó hace cuatro años. Sobre ella quiere ser sumamente cauteloso, pero trata de un tema que le hace hablar pese a su reticencia inicial: la transición chilena. "Es una novela política alegórica. No es sobre política contingente, sino una elaboración simbólica de los problemas políticos chilenos. Una reflexión ficcionalizada de lo que para mí es el problema de fondo de la política chilena, que algunos dan como superada, pero que me parece que nos sigue penando, que es el tratamiento histórico y político de la memoria, de la dictadura y de la violación de los derechos humanos".

Y pese a que no quería hablar de la novela, la conversación sobre ella no termina: "Es



CARLOS FRANZ

El fracaso de la izquierda, no sólo es de víctima, sino también de culpable. Y es hora que la derecha reconozca que su colaboración activa, y también la omisión, permitió que en el país se vivieran las peores violaciones de los derechos humanos”.

Según afirma, eso toma actualidad con la palabras del secretario de Estado norteamericano Colin Powell, quien dijo que su país no se enorgullecía de parte de su historia, en referencia a la participación de Estados Unidos en el golpe militar de 1973. “Cuando uno habla con intelectuales ingleses, de los pocos que todavía tienen interés en Latinoamérica, lo que te dicen de Chile –caricaturizando un poco– es ‘ese país donde Henry Kissinger dio un golpe de Estado’. La tragedia de Chile es que hoy día ni siquiera la responsabilidad la va tener Pinochet ni la derecha ni la izquierda... la tiene un norteamericano. Por esa vía, el lavado de manos general sobre nuestra responsabilidad en nuestra historia va a conducir a una impunidad general. Un país que se deshace de la responsabilidad en su historia, es un país banal. Cuando la izquierda dice: ‘No ven que teníamos razón que fue Estados Unidos la que hizo el golpe’, y la derecha responde que es propaganda soviética, eso es un lavado que se hace la mano derecha con la mano izquierda”.

La torre de marfil

Franz se considera parte –“no abandonado ni defensor”– de la nueva narrativa chilena, pero aclara que sus inquietudes en la cosa pública no son parte de esa generación, sino algo personal. “Soy un tipo anómalo y diferente dentro de la narrativa chilena. Y soy criticado por eso. Yo sé que se comenta que Carlos Franz se ha salido de la literatura pura, de la torre de marfil, para ensuciarse las manos en las cuestiones de la política, por supuesto con las peores intenciones y las ambiciones más grandes. Yo me siento solo en esto, pero no incómodo”. E insiste con más datos en esa dirección: “Existe una gran tradición latinoamericana de escritores de ficción metidos a personajes públicos, como Octavio Paz en México o Neruda en Chile. Pero eso se ha perdido con el desarrollo de las ciencias sociales. Ahora ellos tienen la autoridad de opinar. Yo, desde mi pequeña tribuna, reclamo mi derecho a seguir opinando sobre las cuestiones públicas, porque el lenguaje con que se discuten en Chile es de una pobreza tal, que exige la participación de los escritores”.

Su explicación a esta metamorfosis personal tiene –como cada idea que explica– una interesante reflexión. “Fui un efecto perverso

de una época perversa en la que me tocó vivir y crecer, que fue la dictadura. Fui un escritor de la torre de marfil: en vista de que la sociedad y la historia que me han tocado son una mierda, yo me voy a aislar a escribir una literatura pura. Pero siempre me ha interesado dolorosamente la política, vivo irritado con la política. Escribí un largo ensayo sobre la ciudad de Santiago –‘La muralla enterrada’–, en la cual se refleja la identidad chilena a través de la literatura que ha tratado a la ciudad, pero me interesa ella en la medida de la polis. Cuando estaba terminando ese ensayo, se me hizo claro que había un punto de cruce entre mis preocupaciones literarias y públicas. Así me puse a escribir otros ensayos”. Esos artículos, como “Retratos del Poder Chileno” (sobre Lagos y Lavín tras la primera vuelta de 1999) y el “Gran Bailongo” (con la bipolaridad de los chilenos en el cambio de siglo, representada por los utopistas fundacionales y por los fatalistas violentos), han sido publicados en diversos medios latinoamericanos (como “Clarín” de Argentina, “Brecha” de Uruguay y “Letras Libres” de México) e incluso en la revista del Centro de Estudios Públicos (CEP).

Así tiene un lugar importante en la nueva narrativa chilena, junto a nombres como Jaime Collyer, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet y Ana María del Río, pero donde la figura de Roberto Bolaño genera cierta polémica, principalmente con Franz. “Nuestros desencuentros los han hecho los medios. Bolaño es un fenómeno muy distinto. El salió de Chile el año 67, no el 73 como quiere hacer creer para vestirse con el ropaje del exilio político y, por lo tanto, no vivió en Chile ninguno de los períodos fundamentales formativos de esta generación, la Unidad Popular y la dictadura de Pinochet, y tampoco la transición. La nueva narrativa es fruto de la historia interna de Chile durante este período. Entonces Bolaño es un ultramarginal, se fue siendo adolescente con sus padres a México, después a España, y desde allá tiene una mirada de Chile muy aguda, muy incisiva. Es un muy buen escritor, pero que no pertenece a la nueva narrativa. A él le queda chica la nueva narrativa. De hecho, para mi Bolaño es el narrador chileno de nuestra generación, no de nuestro movimiento, de mayor prestigio literario en el mundo actualmente”.

Así está Franz en Londres. Cada vez más lejos de la torre de marfil, cada vez más cerca de la cuestión pública. Buscando reeditar esa tradición latinoamericana, ésa del escritor inserto en la vida de la polis, en la política. Tan polémico como útil para el Chile que viene, según dicen. ■

Jorge Nazar,
Desde Londres.

“**SOY UN TIPO ANOMALO Y DIFERENTE DENTRO DE LA NARRATIVA CHILENA. Y SOY CRITICADO POR ESO.**”

un tema que no está resuelto en Chile, que cada vez que se ha tratado de dar por superado no ha resultado, como el fracaso de la mesa de diálogo. Y eso no es casual. No es simplemente un problema de intereses políticos contrapuestos. El porqué no se ha cerrado la transición en Chile está relacionado con un tema que jamás se ha abordado en Chile con este nombre: la culpa o responsabilidad colectiva en la dictadura”.

Esa reflexión le produce cierta contradicción a Franz, porque se alegra con que la transición no haya finalizado, “ya que, en un sentido más allá de la política, en un sentido moral e histórico, es lo que le da espesor cultural a Chile, dentro de la horrorosa banalidad de la que sufre nuestra sociedad. La transición es de lo poco que nos da peso, que nos da ancla, porque es un trauma. El único momento en que vamos a tener una verdadera mesa de diálogo –asegura– será cuando las pasiones históricas le den paso a las razones históricas. En Chile es hora que la izquierda reconozca que tuvo una responsabilidad fundamental en heredarle al país y a mi generación una dictadura que duró 17 años.